

¿Ficción y/o filosofía? De *Las palabras y las cosas* a *El discurso filosófico**¹

Philippe Sabot
Université de Lille 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.98746>

Recibido: 28/10/2024 • Aceptado: 11/12/2024

Resumen. Tomando como referencia algunos capítulos del manuscrito de *El discurso filosófico* recientemente publicado, esta contribución se propone evaluar el lugar y el papel del “discurso” de la literatura o del discurso de la ficción en su articulación con el “discurso filosófico” tal y como Foucault lo concibió en 1966. Más concretamente, parece que la relación entre ficción y filosofía evoluciona significativamente entre *Las palabras y las cosas* y este manuscrito. Para identificar las divergencias y los desplazamientos estratégicos entre estos dos textos, escritos con algunos meses de diferencia, nos proponemos examinar el estatuto que ambos conceden a la literatura en el orden del saber o en el espacio del discurso, mostrando el diferente destino que reservan al *Quijote* de Cervantes.

Palabras clave: filosofía; literatura; ficción; discurso; arqueología.

[en] Fiction and/or Philosophy? From *Les Mots et les choses* to *Le Discours philosophique*

Abstract. Based on a few chapters of the recently published manuscript of *Le Discours philosophique*, this contribution sets out to assess the place and role of the “discourse” of literature or fictional discourse in its relation to “philosophical discourse” as Foucault envisaged it in 1966. In particular, it appears that the relationship between fiction and philosophy evolves significantly between *Les Mots et les choses* and this manuscript. To identify the gaps and strategic shifts between these two texts, written just a few months apart, we propose to examine the status they both accord to literature in the order of knowledge or in the space of discourse, by showing the different fate they reserve for Cervantes’ *Don Quixote*.

Keywords: Philosophy; Literature; Fiction; Discourse; Archaeology.

Sumario. Introducción. 1. La rectificación y sus límites. 2. La literatura como analizador de los “márgenes” en *Las palabras y las cosas*. 3. Ficción y filosofía. 4. Las dos versiones del *Quijote*. Bibliografía.

Cómo citar: Sabot, P. (2025). ¿Ficción y/o filosofía? De *Las palabras y las cosas* a *El Discurso filosófico*. Res Publica. Revista de Historia de las Ideas Políticas. 28(3), 463-470.

Introducción

La reciente publicación de *El discurso filosófico* nos invita a analizar los cambios que han afectado al desarrollo del pensamiento arqueológico de Foucault. Esta reflexión ha sido retomada y empleada a diferentes niveles y con reformulaciones a lo largo de una década, desde una arqueología de la psiquiatría en *Historia de la locura* (1961) hasta *La arqueología del saber* (1969), pasando por una “arqueología de las ciencias humanas” (*Las palabras y las cosas*, 1966). Una de las cuestiones que se

plantean inevitablemente es cómo inscribir y situar *El discurso filosófico* en este recorrido, cuestión tanto más difícil de responder teniendo en cuenta que Foucault había optado por no publicar y por no incluir en la serie de sus publicaciones de la segunda mitad de los años sesenta este texto, que surgió de los archivos en formato de libro y que ahora adopta la forma de obra. Cabe preguntarse por qué decidió renunciar a su publicación, pero también podemos plantearnos qué curso dio sin embargo Foucault a este manuscrito, o qué prolongaciones podríamos encontrarle en retrospectiva. Desde este

* Financiación: Este trabajo es resultado del proyecto de investigación “Políticas de la literatura: eros, resistencia y biopolítica del cuidado. Lecturas a partir de Foucault” (PP2025PP-24).

Traducido por Julia Luque Amo (U. Bordeaux / U. Granada).

punto de vista, el argumento de un diagnóstico de la actualidad encuentra aquí una base decisiva, una arqueología concebida como “historia del discurso-archivo” que constituye sin duda un estadio en la elaboración de una arqueología del saber. Pero resulta más difícil identificar el planteamiento central del propio “discurso filosófico”¹, ya que Foucault se esfuerza por delimitarlo y articularlo con otros tipos o modos de discurso, como el discurso ordinario, el discurso científico o el discurso literario.

Esta es en buena medida la dificultad a la que se dedicará el presente trabajo, en el que me propongo evaluar precisamente el lugar y el papel del “discurso” de la literatura o del discurso de ficción en su relación con el discurso filosófico. Esta relación entre ficción y filosofía, tal y como aparece en el manuscrito de 1966, se hace eco del estatus de la literatura en *Las palabras y las cosas*, pero también brinda la oportunidad de identificar una serie de brechas y desplazamientos estratégicos entre ambos textos.

1. La rectificación y sus límites

Dado que el argumento de entrada de *El discurso filosófico* es bastante diferente del de *Las palabras y las cosas*, a primera vista, sus conclusiones podrían parecer más bien convergentes. No cabe duda de que *El discurso filosófico* no retoma directamente el proyecto de una arqueología de las ciencias humanas, sino que, más bien, se propone explicar las condiciones de posibilidad de esta arqueología misma, en particular retomando la famosa cuestión de las discontinuidades arqueológicas o del paso de una *episteme* a otra. En *Las palabras y las cosas*, esta cuestión queda sin respuesta e incluso se considera insoluble, lo que constituiría el centro de las críticas a la arqueología foucaultiana² y a su diagnóstico concluyente de la muerte del hombre, correlativa a su vez a un “retorno del lenguaje”: dos fenómenos presentados en su sincronía como síntomas de una realidad en proceso de reconfiguración³.

Ahora bien, la “historia del discurso-archivo” que Foucault esboza en los dos últimos capítulos

de *El discurso filosófico* constituye una respuesta posible a estas objeciones (que Foucault se hace a sí mismo a lo largo de la obra de 1966) al recoger en la correlación entre “archivo” y “discurso”, o en esta “capa autónoma del discurso-archivo”⁴ la instancia de articulación de lo pensable y lo decible para una época determinada. En cierto modo, el discurso-archivo ocupa el lugar de la *episteme* a la hora de dar cuenta de las condiciones de actualización de una cultura, y constituye así el nivel pertinente de análisis de esa cultura en todas sus dimensiones (científica, filosófica, artística, cultural). En efecto, es este

El nivel que, por una de sus caras, permite mostrar que las formas del discurso determinan, al menos en parte y no sin dejar numerosos puntos de elección, lo que puede pensarse, y que, por otra de sus caras (aquella del archivo), permite mostrar cómo en una sociedad se institucionaliza la clasificación de los discursos, su circulación, su reserva, su conservación ritual, su inscripción en un espacio incontestable de validez, etc⁵.

La arqueología se encuentra así renovada y aún más justificada como análisis de este discurso-archivo, donde archivo y discurso son correlativos en el sentido de un condicionamiento recíproco. Como escribe Foucault en las últimas líneas del capítulo dedicado al archivo: “Esta disciplina del discurso-archivo —que se ocupa del archivo como una forma de las leyes de la inscripción, la conservación, la circulación del discurso, y que aborda estos últimos como posiciones reciprocas de los enunciados en el espacio del archivo— puede recibir el nombre de arqueología”⁶.

Como han señalado los editores de *El discurso filosófico*, estas notas finales sitúan claramente el análisis de Foucault en la ampliación y revisión de las coordenadas de lo que se llamará la arqueología implícita de *Las palabras y las cosas* y bajo el horizonte de *La arqueología del saber* que, sin duda a partir de las reflexiones aportadas en el marco de los debates con el Cercle d'épistémologie de l'ENS, contribuye a un nuevo giro y a una profundización del pensamiento de Foucault, enraizando esta vez el discurso-archivo en la dimensión del “saber”.

El desplazamiento del nivel de análisis producido por *El discurso filosófico* permite así sumarse al movimiento global esbozado por la arqueología de las ciencias humanas, pero relativizándolo de un modo que renueva su alcance. La vía propuesta en *Las palabras y las cosas* es retomada y, en cierta medida, reducida, a un “acontecimiento bastante acotado”⁷ en la escala de la historia global del discurso-archivo que Foucault pretende esbozar en la larga historia de una cultura occidental cuya “primera gran mutación” se remonta a los siglos VIII y VII a.C. y a la invención de un alfabeto que combina la escritura consonante de los egipcios y la

¹ “La historia del archivo-discurso” es el título dado por los editores de *El discurso filosófico* al capítulo 14.

² Una de las más famosas de estas críticas fue formulada por Sartre en un número de la revista *L'Arc* en 1966, en el que denunciaba el “rechazo de la historia” del que daría testimonio la arqueología foucaultiana. Ciertamente, escribía Sartre, la perspectiva de Foucault “reste historique. Il distingue des époques, un avant et un après. Mais il remplace le cinéma par la lanterne magique, le mouvement par une succession d'immobilités” (J. P. Sartre, “Jean-Paul Sartre répond”, *L'Arc* 30, 1966, p. 87).

³ “[...] toda la *episteme* moderna [...] la que constituyó el modo de ser singular del hombre y la posibilidad de conocerlo empíricamente—, toda esta *episteme* estaba ligada a la desaparición del Discurso y de su monótono reinado, al deslizamiento del lenguaje hacia el lado de la objetividad y a su reaparición múltiple. Si ahora este mismo lenguaje surge con una insistencia cada vez mayor en una unidad que debemos pero que aún no podemos pensar, ¿no es esto el signo de que toda esta configuración va a oscilar ahora y que el hombre está en peligro de perecer a medida que brilla más fuertemente el ser del lenguaje en nuestro horizonte? El hombre, constituido cuando el lenguaje estaba abocado a la dispersión, ¿no se dispersará acaso cuando el lenguaje se recomponga?” (M. Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Elsa Cecilia Frost (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1968, p. 374).

⁴ M. Foucault, *El discurso filosófico*, Daniele Lorenzini y Orazio Irrera (eds.), Madrid, Siglo XXI, 2025, p. 231.

⁵ *Ibidem*, p. 232.

⁶ *Ibidem*, p. 223.

⁷ *Ibidem*, p. 245.

escritura silábica de los fenicios⁸. Significativamente, al reducir a un solo acontecimiento (tan único como limitado) las discontinuidades que formaron los puntos de inflexión (tan radicales como inexplicados) de una *episteme* a otra dentro de *Las palabras y las cosas* (con la escisión Renacimiento – Edad Clásica – Modernidad), Foucault es capaz así de recapitular de un solo golpe y como un momento lo suficientemente coherente y, según sus palabras, “de una estabilidad fundamental”⁹ en su historia del discurso-archivo, el largo recorrido de la cultura y el pensamiento occidentales desde el siglo XVII. Merece la pena citar aquí un pasaje bastante largo que, en su misma retórica y bajo la apariencia de una recapitulación general, tiende a borrar las asperezas de la ruptura de los campos del pensamiento que el arqueólogo había pregonado hasta entonces y que, como veremos más adelante, le había llevado a conceder un lugar especial a la literatura en su arqueología. Es aquí donde probablemente podamos medir mejor tanto la línea de continuidad como la brecha entre *Las palabras y las cosas* y *El discurso filosófico*.

El lenguaje que, en el siglo XVII, en cuanto sistema general de signos y forma de representación, se había convertido en el instrumento general del conocimiento, se desdobra: pasa a ser el objeto de un saber, pierde entonces su transparencia y recibe de la historia determinaciones que lo llevan a perder su universalidad y su poder de erigirse en instrumento general. Y, sin embargo, permanece del lado de las condiciones, aunque transformado en un poder humano – finito y limitado – de representarse las cosas. Este poder – analizado alternativamente en términos empíricos y trascendentales – sitúa al hombre en el lugar que el lenguaje dejó vacío. En el ámbito clásico del archivo, el hombre inventado en el siglo XIX no es otra cosa que la sombra que el lenguaje dejó atrás cuando dejó de ocupar la superficie completa de los discursos y devino puro y simple objeto, una cosa entre otras. Así nació una analítica del hombre que [ni] en el siglo XVII ni el XVIII habían necesitado vez alguna; así nació una configuración antropológica de todo el pensamiento, y así encontraron las ciencias humanas su lugar de nacimiento y sus condiciones históricas de posibilidad¹⁰.

Antes de volver a *Las palabras y las cosas*, podríamos añadir que el manuscrito de 1966 concluye con la dificultad que supone para el arqueólogo del discurso-archivo definir “si, en este momento, somos o no contemporáneos de una nueva mutación en el sistema del archivo- discurso”¹¹, un sistema que en cierto modo se ha estabilizado desde el siglo XVII y cuya organización general habría sufrido (solamente) transformaciones internas. Parece, pues, que la alternativa del Hombre y el Lenguaje, que guio el diagnóstico de *Las palabras y las cosas*, merece ella

misma ser reinscrita, y que de hecho se ve superada por una mutación más profunda que concierne precisamente a la rearticulación de los elementos de este “sistema discurso-archivo” con la organización de un archivo integral y la constitución del discurso como referencia general¹², es decir, como condición de posibilidad de toda experiencia (en lugar de ser su mera representación o articulación secundaria). En resumen, el diagnóstico arqueológico final de *Las palabras y las cosas* se reinscribe a su vez en el diagnóstico filosófico de un “ahora”¹³ que, como vemos, ya no está limitado por la “muerte del hombre”, sino que se abre a la inmanencia del pensamiento, del ser, de la cultura y del propio archivo al “discurso”.

Esta conclusión parece así oponerse radicalmente a la de *Las palabras y las cosas*, que contribuye a indagar al relacionarla con la dimensión de una historia del discurso-archivo. Tal conclusión también parece justificar, *in fine*, el interés mostrado al comienzo mismo del manuscrito de 1966, por una parte, en la cuestión de diagnosticar “lo que puede ser hoy un discurso filosófico”¹⁴, y, por otra parte, y correlativamente, en que el propio discurso filosófico asuma la tarea de “diagnosticar”¹⁵, es decir, de relacionarse con el momento mismo en el que se despliega, con un “ahora”. Desde esta perspectiva, podemos comprender el tipo de privilegio concedido al discurso filosófico entre todos los discursos, y también la dimensión normativa que se le otorga a la hora de establecer, como propone Foucault, una tipología de los discursos basada en su relación con el modo interno de articulación de la tríada “yo-aquí-ahora”¹⁶. En relación con estas perspectivas “arqueológicas”, surge una configuración de la relación entre arqueología y literatura bastante diferente de la que prevalecía en *Las palabras y las cosas*.

2. La literatura como analizador de los “márgenes” en *Las palabras y las cosas*

Para comprender cómo cambia el estatus de la literatura entre *Las palabras y las cosas* y *El discurso filosófico*, quizá sea útil recordar primero el lugar principal y la importancia que se concedía a la literatura en *Las palabras y las cosas*, la pieza central del aparato arqueológico en esta obra. En primer lugar, recordemos que, antes incluso de orientarse hacia la identificación de un “contradiscurso”¹⁷ emergente frente a las ciencias humanas, dicho dispositivo pretende delimitar las grandes configuraciones del saber y analizar sus condiciones de posibilidad – su “a priori histórico”¹⁸ – y, para ello, producir un análisis de los “márgenes”, es decir, de la ruptura

¹² *Ibidem*, p. 254.

¹³ “Ahora” es el título del segundo capítulo del *Discours philosophique*.

¹⁴ M. Foucault, “Chronologie”, en *Dits et écrits*, vol. I, Paris, Quarto Gallimard, p. 37 [ed. español: “Cronología”, en M. Foucault, *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales*, I, trad. Miguel Morey, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 35-63].

¹⁵ *Ibidem*, p. 13.

¹⁶ *Ibidem*, p. 22.

¹⁷ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, op. cit., 51.

¹⁸ *Ibidem*, p. 7.

⁸ *Ibidem*, p. 239.

⁹ *Ibidem*, p. 245.

¹⁰ *Ibidem*, p. 245-246.

¹¹ *Ibidem*, p. 246.

de los campos de pensamiento —y de sus efectos sobre la sistematicidad interna de dichos campos. La arqueología, en el sentido en que se entiende en *Las palabras y las cosas*, es fundamentalmente una forma de pensar los márgenes¹⁹.

Es en este contexto en el que entra en juego el empleo de la literatura por parte de Foucault, en la medida en que esta posee un poder de perturbación que indica la dirección en la que el saber se escapa de sí mismo y pone en peligro la coherencia sistemática de la episteme. Como “pensamiento del afuera”²⁰, que emana de los márgenes del pensamiento y bordea su interior, la literatura asume así colateralmente la función de recordarnos sus límites, de diagnosticar sus márgenes. Es sobre este tipo de consideraciones generales sobre el que Foucault pretende llamar claramente la atención del lector al final del capítulo II de *Las palabras y las cosas* (“La prosa del mundo”), en un pasaje que se propone precisamente vincular el cambio epistemológico del saber a finales del siglo XVI con la posibilidad misma de la literatura moderna y contemporánea. A primera vista, el vínculo propuesto por Foucault entre el orden renacentista del saber y la literatura puede parecer sorprendente, incluso incongruente. ¿Cómo lo justifica?

Foucault lo justifica en primer lugar por el cambio radical en el orden del lenguaje que marca el final del Renacimiento y da paso a la era clásica. El orden del discurso clásico será sobre todo el orden interno de las representaciones, donde el lenguaje renacentista se insertaba en el mundo hasta fundirse con las cosas de las que constituía el marco ontológico. Según la reconstrucción histórico-filosófica de Foucault, la Edad Clásica comenzó con una especie de retirada del lenguaje del mundo. A la “dispersión hasta el infinito” de los signos atrapados en el juego de las semejanzas, se opone su unión en la forma ordenada de un discurso representativo que “tendrá desde luego como tarea el decir lo que es, pero no será más que lo que dice”²¹, es decir, que ya no se mezclará con las cosas que representa, sino que sólo podrá representarlas a partir de la articulación interna de sus signos. Foucault puede afirmar así que la época clásica marca una ruptura decisiva en la historia del pensamiento y de la cultura occidentales: la retirada del lenguaje del mundo, de los signos de las cosas, constituye un acontecimiento capital, herencia no sólo del análisis clásico de la representación (en el ámbito de las positividades empíricas), sino también del análisis moderno del sentido y de la significación. A este respecto, *El discurso filosófico*, en su capítulo 6 titulado “El nacimiento del discurso filosófico”, parece hacerse eco de *Las palabras y las cosas*.

En cualquier caso, es en el contexto de esta ruptura y de esta reorganización en profundidad del ámbito y de las formas mismas del saber donde Foucault introduce la referencia a la literatura y, más específicamente, a la literatura moderna.

¹⁹ P. Sabot, *Lire Les mots et les choses de Michel Foucault*, París, PUF, 2006, pp. 23-26.

²⁰ En junio de 1966, Foucault dedicó un importante ensayo a la obra de Maurice Blanchot bajo este título, que fue publicado en la revista *Critique* antes de ser reeditado veinte años más tarde en un volumen publicado por la editorial Fata Morgana.

²¹ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, op. cit., p. 50.

Según Foucault, esta asume la función de una renovación, “más alusiva y diagonal que directa”²², de la experiencia del lenguaje y de los signos que aseguraba la coherencia del saber hasta finales del siglo XVI. Así pues, la literatura se percibe claramente como un contra-saber frente al saber clásico. Y, en cierto sentido, el nacimiento de la literatura moderna marca el renacimiento de una preocupación por el ser del lenguaje que el conocimiento y el discurso clásicos habían soslayado de algún modo y quizás incluso ocultado.

Para que la literatura moderna surja como un campo autónomo de experiencia del lenguaje, este debe empezar a funcionar por sí mismo, independientemente de cualquier “función representativa o significante”, debe alcanzar finalmente una cierta intransitividad y, en consecuencia, replegarse en su propio ser descarnado, tal y como había sido “olvidado desde el siglo XVI”²³. En el resto de este pasaje, sin embargo, Foucault deja claro lo que distingue fundamentalmente la experiencia renacentista del lenguaje de la experiencia literaria moderna, y lo que justifica retroactivamente la caracterización esquemática de la primera: “Pues ahora ya no existe esta palabra primera, absolutamente inicial, que fundamentaba y limitaba el movimiento infinito del discurso; de aquí en adelante, el lenguaje va a crecer sin punto de partida, sin término y sin promesa. El texto de la literatura traza día a día el recorrido de este espacio vano y fundamental”²⁴.

Entre la repetición indefinida del comentario²⁵ y la mutación infinita del lenguaje literario (lo que Foucault llamó en 1963 el “lenguaje infinito”), hay una ruptura más que una continuidad. Una vez rota la analogía entre la naturaleza y las palabras para expresarla, el lenguaje redescubierto por la literatura se aleja del arraigo de los signos en el mundo: se despliega ahora en un espacio propio (o que, al menos, tiende a hacerse autónomo), el “espacio literario”, contiguo e irreductible a la vez al espacio del saber, a los espacios del conocimiento, cuyos márgenes perfila, y conforma la “impugnación” posible (por utilizar una noción utilizada por Blanchot y retomada por Foucault²⁶).

La experiencia literaria del lenguaje constituye sin duda el hilo conductor de *Las palabras y las cosas*, que gira en torno a dos grandes acontecimientos: la disolución del lenguaje-cosa en el discurso representativo, y la metamorfosis de este lenguaje en lenguaje literario, cuyo poder disolvente se aplica esta vez a la figura tranquilizadora del hombre que habla y se analiza a sí mismo a través de los significados de su lenguaje. Este último punto sólo se insinúa al final del capítulo II, cuando Foucault evoca

²² *Ibidem*, p. 51.

²³ *Ibidem*, p. 61.

²⁴ *Ibidem*, p. 52.

²⁵ *Ibidem*, p. 47.

²⁶ Así, en *Las palabras y las cosas*, a la hora de dar cuenta de la “aparición de la literatura”, Foucault señala que “[...] la literatura es la impugnación de la filología (de la cual es, sin embargo, la figura gemela): remite el lenguaje de la gramática al poder desnudo de hablar y ahí encuentra el ser salvaje e imperioso de las palabras” (*Ibidem*, p. 293).

de forma programática —uno está tentado de decir pronóstica (frente a diagnóstica)— esta metamorfosis y permanencia de una experiencia del lenguaje en el desarrollo histórico de la cultura occidental: “A través de ella [la literatura], brilla de nuevo el ser del lenguaje en los límites de la cultura occidental —y en su corazón—, pues es, a partir del siglo XVI, lo que le es lo más extraño; pero desde ese mismo siglo, está en el centro de lo que ha recubierto”²⁷. Foucault señala así la situación paradójica de la experiencia moderna del lenguaje (de la experiencia literaria), la cual es a la vez ajena (en virtud de su radicalidad) a las producciones reguladas del saber y anima secretamente estas producciones, cuyas pretensiones y valor histórico relativiza de este modo al sacar a la luz lo impensado.

3. Ficción y filosofía

Como hemos señalado, *El discurso filosófico* se sitúa desde el principio en unas coordenadas de problematización diferentes, las del sistema “discurso-archivo”²⁸, para retomar a otro nivel y desde otra perspectiva la cuestión de la discontinuidad de los campos de pensamiento y del “paso” de una *episteme* a otra, como *Las palabras y las cosas* había planteado, y en cierta medida afrontado, al asignar a la literatura una función crítica en tanto que margen. La cuestión que se plantea ahora es cómo la literatura está llamada a desempeñar un papel, y de qué tipo sería, en el nuevo marco problemático propuesto por el manuscrito de 1966.

Propongo abordar esta cuestión a partir de tres capítulos en los que Foucault trata directamente la literatura, desde el ángulo de la “ficción”: el capítulo 2, dedicado a “Ahora”; el capítulo 4, dedicado más específicamente a “Ficción y filosofía”; y el capítulo 6, dedicado a “El nacimiento del discurso filosófico”. Se observará que, en cada uno de estos capítulos, la literatura se contempla desde el ángulo de una cierta relación entre ficción y filosofía, como si la función inaugural de la ficción literaria, como índice activo de transformación en el orden del saber, se redujera en lo sucesivo a una función de ilustración de una transformación en el modo de ser de los discursos. Como veremos, aunque participó indirectamente, y en cierto modo negativamente, en el “nacimiento del discurso filosófico” en el siglo XVII (con Cervantes), ya no tiene el valor crítico de un margen: ella misma se reinscribe en un nuevo régimen de discursividad, cuya novedad alcanza, a su manera, pero en correlación con otros discursos.

Con el nuevo dispositivo analítico presentado en *El discurso filosófico*, asistimos a una cierta marginación de la literatura, que pierde en cierto modo su dimensión ejemplar y, sobre todo, su función de vector privilegiado de las transformaciones del saber. Esta pérdida de privilegio se observa en un primer nivel en el destino reservado a la literatura en los capítulos 2 y 4 en particular, donde se la remite sobre todo a un cierto modo de ser del discurso. Este modo de ser es a su vez objeto de un análisis estructural que trata de establecer las características específicas de los diferentes

tipos de discurso (ordinario, científico, literario) en su relación recíproca, así como en su relación con la consistencia específica del discurso filosófico, basado en la tríada “yo-aquí-ahora” y orientado hacia el diagnóstico del ahora. En consecuencia, el modo de ser del discurso literario es concebido desde el principio de un modo comparativo que lo califica precisamente como “ficción”. “Ficción” no designa aquí un determinado tipo de producción literaria, sino un determinado modo de ser del discurso literario entendido, sobre todo, en función de sus propios modos de enunciación. Podemos decir, por tanto, a la inversa, que la ficción misma representa la condición de acceso de determinados discursos al campo de la literatura —algo que *El Quijote* de Cervantes ilustrará en el capítulo 6.

¿Cuál es entonces el modo de ser del discurso “ficticio”, o del discurso literario en la medida en que asume su dimensión ficcional? Este modo de ser se caracteriza ante todo por una cierta relación del discurso consigo mismo. En lugar de volverse hacia un “ahora” exterior que fijaría la ley de sus narraciones, y hacia una instancia subjetiva que se fundiría con la realidad de un “yo” autor de sus obras, el discurso literario “no hace exaltar más ese extraño umbral a partir del cual el discurso se convierte en ficción”²⁹ desde el momento en que introduce en el discurso ese mismo ahora y lo multiplica a partir de su propio discurso y de instancias intradiegéticas de enunciación que le dan su propio volumen y su propia ley de desarrollo. La ficción, escribe Foucault, “no elimina las referencias del ahora, pero [estas] no remiten a una disposición silenciosa de las personas y las cosas; ella, y solo ella, mediante su relato y mediante numerosas indicaciones entrecruzadas, traza en silencio esa disposición y la modifica”³⁰. Esta reivindicación de autonomía en el discurso de la ficción se deriva del hecho de que se da a sí misma sus propios puntos de referencia: “un espacio sin geografía, un tiempo sin comienzo ni fin, un «yo» sin otra «identidad» que la de la gramática”³¹. La consecuencia es que la ficción alberga en sí misma las condiciones de su propia fundamentación, que le corresponde explicitar en forma de narraciones o mantener implícitas en su composición. La ficción comparte con la filosofía esta función de autojustificación, que en el discurso filosófico adopta la forma de autorización de acceso a la verdad que manifiesta y despliega en sí misma. Pero también se separa del discurso filosófico precisamente en la medida en que la ficción “se da a sí misma, en una libertad lúdica, una «verdad» que la filosofía está forzada a descubrir y probar”³².

A lo largo de su estudio, Foucault amplía este análisis del discurso literario como discurso de ficción profundizando en la distinción que lo separa del discurso filosófico. Esta profundización le lleva entonces a subrayar el límite específico de la literatura (donde aparecía en *Las palabras y las cosas* como la condición misma de la arqueología). Este límite reside en la dimensión de imitación, o incluso

²⁹ *Ibidem*, p. 39.

³⁰ *Ibidem*, pp. 55-56.

³¹ *Ibidem*, p. 56.

³² *Ibidem*, p. 57.

²⁷ *Ibidem*, p. 51.

²⁸ M. Foucault, *El discurso filosófico*, op. cit., p. 229.

de "simulacro", que se le atribuye: "En su esencia, la literatura es simulacro: no reproducción de la realidad, no vuelta del lenguaje sobre sí mismo, sino imitación del discurso"³³ o, como escribe Foucault, un "cuasidiscurso" que en cierto modo conquista su soberanía en esta imitación de sí mismo en la que los mundos se reinventan y la relación con el aquí, el presente y el sujeto hablante no es en sí misma más que un efecto del discurso y un efecto de su propia reclusión en sí mismo. La filosofía, por su parte, opone al "juego de esta imitación esencial" la seriedad de una reflexión impuesta por las coordenadas de su propio discurso para darle como objeto su propio ahora, así como las condiciones de su justificación, en la forma de su manifestación o desvelamiento, y de su interpretación, siguiendo los caminos de la búsqueda del origen o del sentido.

El carácter hermético del discurso no tiene el mismo significado ni el mismo alcance en la literatura que en la filosofía. Para la literatura, esta clausura constituye la condición de la soberanía de un discurso que se imita a sí mismo, hasta el simulacro que consagra su dimensión ficticia: la otra cara de esta soberanía consiste en una forma de interioridad o de repetición continua que evacua cualquier dimensión de historicidad. Al definir "su ahora dentro de su discurso", la obra de ficción "siempre vale como un puro comienzo" y "la literatura no cesa de surgir de su propio desvanecimiento como un murmullo indefinido"³⁴. Por último, "no da acceso a ninguna otra posibilidad que a ella misma"³⁵. El carácter hermético del discurso filosófico pertenece a un régimen distinto del discurso literario. Lo compromete en una dimensión teórica, a la vez reflexiva y crítica, que paradójicamente lo abre a su propia transformación en la renovación del ahora de su discurso: así, "cada filosofía define siempre para sí un futuro que nunca dejará de serle exterior, aunque sea ella (y sólo ella) aquella que lo vuelve posible"; o también, la filosofía está "se dirige en pleno hacia las posibilidades que no deja de constituir y que otros discursos deberán realizar algún día"³⁶.

En este recorrido por algunos de los profundos análisis que Foucault realiza al principio de su manuscrito sobre *El discurso filosófico*, podemos ver cómo avanza hacia una disociación y rearticulación conceptual de los regímenes discursivos de los que se ocupó *Las palabras y las cosas*, por así decirlo, en la unidad y la coherencia de su aparición histórica y su sistematización en forma de archivo de una época o incluso de una cultura. Ahora bien, al vincular la caracterización de los diferentes modos de ser del discurso al objetivo de delimitar el modo de ser del "discurso filosófico", Foucault se ve llevado a retomar su relato arqueológico, desde la perspectiva del "nacimiento" de tal discurso y de lo que lo distingue de otros tipos de discurso. La arqueología de las ciencias humanas es así retomada y reescrita como arqueología del discurso filosófico. Y en esta reescritura, la literatura, de ahora en adelante referida al discurso de ficción que establece su perfil

ogenérico, cambia de estatuto, es decir, pierde la función específicamente arqueológica que Foucault le había reservado inicialmente en sus anteriores trabajos. Es este cambio el que conviene destacar por último, a partir de las versiones sucesivas de la interpretación del *Quijote* que encontramos en *Las palabras y las cosas* y en *El discurso filosófico*.

4. Las dos versiones del Quijote

Tal y como lo presenta Foucault en *Las palabras y las cosas*, la ficción de Cervantes cumple una función propiamente arqueológica, del orden de un "descondicionamiento" en el desarrollo interno del conocimiento. La primera parte del *Quijote* esboza "lo negativo del mundo renacentista"³⁷. Don Quijote, "héroe de lo Mismo"³⁸, signo entre los signos depositados en el mundo y en los libros, experimenta la desvinculación de las cosas y las palabras que han dejado de parecerse, de ser profundamente homogéneas en el ámbito de lo semejante. Según este análisis, el personaje de Cervantes multiplica sus aventuras para mostrar y demostrar que "los libros dicen la verdad"³⁹. Pero esta búsqueda es en vano. La semejanza ha dejado de funcionar, o al menos ha dejado de funcionar como operación fundamental del conocimiento. Don Quijote es víctima de su confianza ciega en el poder de unión de la semejanza. El "héroe de lo Mismo" es un héroe decepcionado, derrotado.

Sin embargo, el interés de la novela de Cervantes no reside únicamente en esta observación desilusionada del mal funcionamiento del juego regulado de las semejanzas y los signos, pues esta crítica tiene también una función positiva. Al desmontar el texto único del mundo y de los libros, manifiesta el poder de un lenguaje que ahora vale por sí mismo, que ya no tiene que regular su funcionamiento sobre nada que no sea él mismo: es "ficción" en el sentido de *El discurso filosófico*. A este respecto, Foucault analiza cómo la segunda parte del libro de Cervantes pone en entredicho la primera y, en cierto modo, entrega el manual de lectura. En esta segunda parte, Don Quijote se encuentra con personajes que le reconocen como el héroe de la primera parte: creía ser un "hombre de verdad" y ahora es simplemente un "héroe del libro", un personaje hecho de palabras y papel cuya única razón de ser es "ser fiel a este libro en el que, de hecho, se ha convertido"⁴⁰. En otras palabras, la prueba de la inadecuación entre las cosas y las palabras (entre la realidad y el libro) es reemplazada por la experiencia de la adecuación entre los propios signos, en los que se concentra ahora la verdad de don Quijote. El error de don Quijote, su locura misma, es la de por todas partes ver "únicamente semejanzas y signos de la semejanza"⁴¹, ahí donde los seres y los signos han dejado de ser semejantes. Su verdad es que, en la segunda parte de la novela, se ha convertido en un puro ser de signos, un sistema de signos que se

³³ *Ibidem*, p. 63.

³⁴ *Ibidem*, pp. 75-76.

³⁵ *Ibidem*, p. 76.

³⁶ *Ibidem*, pp. 76-77.

³⁷ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, op. cit. p. 54.

³⁸ *Ibidem*, p. 53.

³⁹ *Ibidem*, p. 54.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 55.

⁴¹ *Ibidem*, p. 56.

representa a sí mismo y se deja reconocer a través de lo que representa. En cierto sentido, pues, esta retirada del lenguaje de las cosas, su repliegue en un ser autónomo anuncia la literatura moderna y esa poesía que, en lugar de reunir el lenguaje del lado de las cosas, reúne las cosas del lado del lenguaje, creando un lenguaje-mundo como el que expone de forma ejemplar el *Libro* de Mallarmé⁴². Foucault se refiere así a la ficción de Cervantes como el ensamblaje literario de esta ruptura del orden del saber y del ser del lenguaje que inaugura el escenario de la representación y del discurso en el corazón de *Las palabras y las cosas*.

El uso que Foucault hace del *Quijote* de Cervantes en esta obra nos proporciona así información sobre el estatus y la función de la literatura en su construcción arqueológica. Ésta garantiza, con sus efectos de simetría cuidadosamente elaborados, una cierta relación de desplazamiento entre literatura y filosofía. Mientras que las ficciones de Cervantes, así como las de Sade o Roussel (por no hablar de la ficción inaugural de Borges, en el prefacio de *Las palabras y las cosas*) constituyen indicadores del margen, signos de ruptura y de agitación epistémica, los discursos filosóficos de Descartes, Kant y Husserl se despliegan en un espacio epistemológico reconfigurado. El discurso filosófico es, por tanto, más bien el efecto manifiesto de una nueva forma de conocer que la literatura, en cierto modo, ayuda a esbozar, como si escarbara un hueco, confrontando al pensamiento con su exterior.

Sin embargo, parece que en *El discurso filosófico*, y sobre la base del análisis estructural de los modos de ser del discurso que propone este manuscrito, la relación entre literatura y filosofía, y en consecuencia la orientación general del enfoque arqueológico, se reconfiguran profundamente. En efecto, a partir del capítulo 6, Foucault propone estudiar el “modo de discurso propio de la filosofía” tal y como, según este, “apareció en la cultura occidental en el siglo XVII, durante una mutación que modificó todo el régimen del discurso” y de la que, añade, “todavía no nos hemos emancipado del todo de él”⁴³. Sin duda hay que insistir en la radical revisión de las coordenadas históricas que implica esta perspectiva de una mutación única cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días. Sobre todo, hay que señalar que esta revisión se basa a su vez en la hipótesis “arqueológica” (en el nuevo sentido que Foucault da a este término en su manuscrito) de una “mutación general en el orden de los discursos” que conduce al “nacimiento del discurso filosófico” tal y como había sido analizado en los capítulos anteriores a partir de su confrontación y distinción con otros tipos de discurso, incluido el discurso literario o la ficción. De este modo, el “nacimiento del discurso filosófico” se produce al mismo tiempo que el desarrollo de un “nuevo régimen del discurso de ficción”, del que *El Quijote* “podría [...] señalar su nacimiento”⁴⁴. En este contexto, entendemos que la literatura ya no tiene la función arqueológica de describir una transformación en el orden del conocimiento, llenando el vacío

de las rupturas con la plenitud de sus ficciones. Ahora constituye un elemento, entre otros, en la redistribución inaugural del orden de los discursos que conduce a la emergencia de la filosofía misma como discurso, del discurso filosófico tal como se despliega, a partir del siglo XVII (y, nombrémoslo, a partir de Descartes).

Asistimos así a una especie de neutralización de la importancia de la literatura en el desarrollo de la arqueología. Esto resulta especialmente evidente en el análisis del *Quijote* en el manuscrito del *El discurso filosófico*. La novela de Cervantes ya no es la puesta en práctica directa de un cambio interno en el régimen de los signos, en sí mismo inexplicable, que se produjo entre la *episteme* del Renacimiento (ordenada por el juego de las semejanzas) y la *episteme* de la época clásica (definida a partir del análisis de la representación). La novela se convierte sólo en una ilustración conveniente e indirecta de un nuevo régimen del discurso ficcional, e incluso de un nuevo régimen de la ficción misma cuando se reduce al “la pura potencia del discurso”⁴⁵. En otras palabras, al hacer transitar a sus personajes y desplegar sus aventuras en el espacio libreresco de la “biblioteca”, Cervantes sustrae la ficción al único poder de la imaginación para inscribirla en “la pura potencia del discurso”⁴⁶. Según Foucault, asistimos así a “el surgimiento en el mundo occidental de una ficción cuyos elementos van a estar desde entonces, sin excepción, en el interior del discurso que la libera”⁴⁷. Esta “interioridad” implica a la vez la soberanía del discurso de ficción, tal y como Foucault señalaba al principio de su manuscrito; ésta encierra también la instancia de enunciación del relato de ficción, “en su presente y en el lugar desde donde habla”, dentro de los límites de este mismo discurso, caracterizado por su clausura esencial⁴⁸ que lo condena al simulacro. Encontramos aquí, pues, todas las características distintivas de un cierto modo de ser del discurso que contrasta fuertemente con las del discurso filosófico. Es, pues, en una ruptura asumida y manifiesta con el discurso de ficción, con el discurso en modo de ficción, así como en la correlación de su transformación histórica, donde este discurso filosófico puede finalmente nacer y acceder a su propia historia.

El manuscrito de 1966 sustituye así el valor inaugural y la función intra-arqueológica de la literatura en *Las palabras y las cosas* por el estudio de la inauguración y el despliegue de un discurso filosófico que sólo puede surgir liberándose del simulacro de la ficción. En cualquier caso, en cierto número de *Dits et écrits* que Foucault dedicó a la literatura a partir de la segunda mitad de los años sesenta, se observa que la literatura ya no se convoca directamente en el marco de una historia arqueológica del saber o del pensamiento, sino que el interés se centra ahora más bien en la cuestión del análisis literario y, en particular, en la contribución del estructuralismo a la renovación de la crítica⁴⁹. Sin

⁴² *Ibidem*, p. 297-298.

⁴³ M. Foucault, *El discurso filosófico*, op. cit., pp. 86-87.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 87.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 88.
⁴⁶ *Ibidem*, p. 88.
⁴⁷ *Ibidem*, p. 89.
⁴⁸ *Ibidem*, p. 89.
⁴⁹ Es el caso de muchos de los textos recogidos en el volumen

embargo, se plantea la cuestión de si la filosofía, tal y como Foucault siguió practicándola (después de haber intentado pensarla como “discurso”) o incluso tal y como se rearticuló a partir de Nietzsche, podía realmente contentarse con tal distanciamiento de lo literario, o si no debía reintegrar o mantener, pero bajo otras formas, los prestigios de la ficción, ella misma liberada en cierto modo de la literatura⁵⁰. En 1977, por ejemplo, dijo de su propia obra: “je me rendis bien compte que je n'ai jamais rien écrit que des fictions”⁵¹, o de nuevo en 1980: “Je ne suis pas véritablement historien. Et je ne suis pas romancier. Je pratique une sorte de fiction historique”⁵². Foucault parece avanzar en esta dirección al apoyar la persistencia de un régimen de ficcionalización propio al ejercicio del pensamiento, que no remite tanto a la autorreflexividad del lenguaje literario, del orden del simulacro, como a una experiencia propiamente crítica de los poderes de este pensamiento cuando toma la forma de una escritura (política) de la historia:

Il me semble qu'il y a possibilité de faire travailler la fiction dans la vérité, d'induire des effets de vérité avec un discours de fiction, et de faire en sorte que le discours de vérité suscite, fabrique quelque chose qui n'existe pas encore, donc « fictionne ». On « fictionne » de l'histoire à partir d'une réalité politique qui la rend vraie, on « fictionne » une politique qui n'existe pas encore à partir d'une vérité historique⁵³.

Bibliografía

Defert, D., “Chronologie”, en *Dits et écrits, 1954-1988. Tome I, 1954-1975*, Paris, Quarto Gallimard, p. 13-90 [ed. español: “Cronología”, en M. Foucault, *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, I*, trad.

Miguel Morey, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 35-63].

- Foucault, M., “Foucault étudie la raison d'état”, en D. Defert y F. Ewald (eds.), *Dits et écrits, 1954-1988. Tome IV: 1980-1988*, París, Gallimard, 1994, pp. 37-40.
- , “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps”, en D. Defert y F. Ewald (eds.), *Dits et écrits, 1954-1988. Tome III, 1976- 1979*, París, Gallimard, 1994, pp. 228-236.
 - , *La arqueología del saber*, Aurelio Garzón del Camino (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1970.
 - , *Historia de la locura en la época clásica*, Juan José Utrilla (trad.), México, Fondo de Cultura Económica, 1967.
 - , *Folie, langage, littérature*, H. P. Fruchaud, D. Lorenzini y J. Revel (eds.), París, Vrin, 2019.
 - , *La Pensée du dehors*, 1966, Montpellier, Fata Morgana, 1986.
 - , *El discurso filosófico*, Daniele Lorenzini y Orazio Irrera (eds.), Madrid, Siglo XXI, 2025.
 - , *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Elsa Cecilia Frost (trad.), Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1968.
- Sabot, P., *Le Même et l'ordre. Michel Foucault et le savoir à l'âge classique*, París, ENS Éditions, 2015.
- , *Lire Les mots et les choses de Michel Foucault*, París, PUF, 2006.
- Sartre, J. P., “Jean-Paul Sartre répond”, *L'Arc* 30, 1966, pp. 87-96.
- Sforzini, A., “Michel Foucault entre histoire et fiction”, en M. Panter, P. Mounier, M. Martinat y M. Devigne (eds.), *Imagination et Histoire: enjeux contemporains*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2019, pp. 29-38.

⁵⁰ Folie, langage, littérature, y en particular los procedentes de conferencias pronunciadas en Túnez en 1967. Sobre la importancia del estructuralismo en el análisis literario, véase la excelente introducción de Judith Revel.

⁵¹ A este respecto, me remito al esclarecedor análisis de Arianna Sforzini en su artículo “Michel Foucault entre histoire et fiction”, en M. Panter, P. Mounier, M. Martinat y M. Devigne (eds.), *Imagination et Histoire: enjeux contemporains*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2019, pp. 29-38.

⁵² M. Foucault, “Les rapports de pouvoir passent à l'intérieur des corps”, en D. Defert y F. Ewald (eds.), *Dits et écrits, 1954-1988. Tome III: 1976-1979*, París, Gallimard, 1994, p. 236.

⁵³ M. Foucault, “Foucault étudie la raison d'état”, en D. Defert y F. Ewald (eds.), *Dits et écrits, 1954-1988. Tome IV: 1980-1988*, París, Gallimard, 1994, p. 40.

⁵⁴ M. Foucault, “Les rapports de pouvoir...”, op. cit. p. 236.